

Homilía de IV Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo”

Introducción

No sólo el ayuno se encuentra entre las llamadas prácticas cuaresmales, sino que también –creo yo– la religiosidad popular le ha conferido una cierta preeminencia sobre las otras dos, la oración y la limosna. Puede que a eso se deba que este tiempo de cuaresma haya estado tradicionalmente teñido de tristeza, en contradistinción, además, respecto de la Pascua y de la Navidad, a las que solemos atribuir una especie de duopolio jubilar.

La alegría, sin embargo, atraviesa el cristianismo, que es acogida de una buena noticia comunicada por Jesús y que, en última instancia, es Jesús mismo; no puede faltar, por lo mismo, en la vivencia cuaresmal. De hecho, estos cuarenta días representan para todos nosotros el gozoso tiempo de la reconciliación con Dios mediante la conversión al evangelio de Jesús; gozoso porque procura la alegría de sabernos hijos de un Padre que es misericordia y que nos llama a ser como Él.

“Éste es el día del Señor, éste es el tiempo de la misericordia [...] ¡Exulten mis entrañas! ¡Alégrense mi pueblo!”, proclama la Iglesia en su Liturgia de las Horas. Nos viene al pelo la parábola del hijo pródigo, que termina en fiesta.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, dijo el Señor a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Los hijos de Israel acamparon en Guilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. Al día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra: ese día, panes ácidos y espigas tostadas. Y desde ese día en que comenzaron a comer de los productos de la tierra, cesó el maná. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

Salmo

Salmo 33, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. R/. Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 5, 17-21

Hermanos: Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le

daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros». Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Pautas para la homilía

El evangelista de la misericordia.

No es mérito exclusivo de Lucas, ni mucho menos, haberse hecho eco de la predicación y de la práctica misericordiosas de Jesús para con los pobres, los enfermos, los pecadores... Bien ganado, sin embargo, se tiene el sobrenombre de evangelista de la misericordia porque es a él a quien debemos relatos como los de la curación de los diez leprosos (17,11-19), la comida de Jesús con Zaqueo (19,1-9) o su diálogo con el ladrón arrepentido (23,39-44); y también parábolas de enorme belleza: el buen samaritano (10,29-37), el fariseo y el publicano (18,9-14) o las tres que componen el capítulo 15 de su evangelio: la oveja perdida (4-7), la dracma también perdida (8-10) y el hijo no menos perdido (11-32), que proclama la Liturgia de la Palabra en este domingo.

El padre misericordioso y sus dos hijos, mezquino el uno y abusador el otro.

Los títulos asignados por traductores y editores a las diferentes secciones y pasajes de los libros bíblicos, incluyendo los evangelios, tienen la buena intención de facilitarnos su comprensión mediante una lectura estructurada de los textos, a pesar de lo cual sucede que, a veces, nos desorientan. Es evidente que el foco de atención de esta parábola lucana no se dirige al hijo menor, sino al padre, razón por la cual todos andamos tratando de renombrarla como la del padre misericordioso.

No es menos cierto que en ella están presentes y actuantes sus dos hijos. De ahí que también podríamos denominarla parábola del hijo mezquino o cicatero, si atendemos al mayor, y, si nos fijamos ahora en el pequeño, del hijo caradura o sinvergüenza; mucho mejor que «pródigo», por descontado, porque pedir a su padre la herencia equivale a decirle: «te doy por muerto». ¡Todo un abusador!, dicho en el español de esta República Dominicana.

Dios es misericordia.

La misericordia es la forma de ser de Dios: tal parece, en efecto, la enseñanza principal de esta parábola y, en general, una de las principales fibras de la buena noticia según San Lucas. Y sabemos, por si alguien objetara que “Dios es amor” (1 Jn 4,8), que la misericordia es una forma del amor, razón por la que Santo Tomás decía que “Dios no tiene misericordia sino por amor, al amarnos como algo suyo”.

Dios es misericordia: esa y no otra es la respuesta que Jesús puede ofrecer a aquellos fariseos y escribas (representados en el hijo mayor) que le reprochan: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”. Por boca de esos acusadores hablan todos los adictos a la presuntuosa espiritualidad del mercadeo, del intercambio, del toma y daca (¡como si Dios fuera un comerciante fenicio!). Nunca podrán decir con San Pablo que “Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados”.

Entre dolores anda el juego: cuando la misericordia se hace don.

Jesús actúa misericordiosamente porque Dios es misericordia. De nuevo Santo Tomás: “La palabra misericordia significa... tener el corazón compasivo por la miseria de otro”. Como el padre de la parábola, que “se conmovió” al ver a su hijo aquejado de grave necesidad, también Dios es compasivo: padece con nosotros (cum-passio), le duele nuestro dolor. La dolencia humana es siempre condolencia divina.

Por eso, a Jesús –“reflejo de su gloria e importa de su ser” (Hb 1,3)– le zahirió, sobre todo, el sufrimiento humano. Con mucha frecuencia se le atribuye en los relatos evangélicos esa reacción de conmoción por el dolor ajeno que denominamos misericordia o compasión. Es lo que sucedió, por ejemplo, cuando se le acercó un leproso (Mc 1,41), cuando supo que la gente andaba como ovejas sin pastor (Mc 6,24), cuando vio llorar a la viuda de Naím (Lc 7,14) o cuando estuvo en compañía de quienes no tenían qué llevarse a la boda (Mc 8,2). En esas y otras situaciones semejantes Jesús “se conmovió”, traducción de un verbo griego que, para designar un movimiento profundamente radical, echa mano ni más ni menos que de la imagen de las entrañas maternas. Es esa misma conmoción la encarnada en personajes de parábolas como el buen samaritano (Lc 10,33), el acreedor que perdona la deuda de su siervo (Mt 18,37) o –en nuestro caso– el padre que ve llegar a su hijo reducido a la miseria.

La nueva perfección se llama misericordia.

La misericordia no es inoperante lástima porque no se deja enredar en la maraña de los sentimientos. De nuevo Santo Tomás: la misericordia “nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos”; a ella “compete volcarse en los otros y, lo que es más aún, socorrer sus deficiencias”. Así es, la misericordia al modo de Jesús se hace don: salud para el leproso, enseñanza para la muchedumbre, resurrección para el hijo de la viuda, pan y pescado para los hambrientos. Y re-creación para el hijo abusador, perdón que le valió –diría San Pablo– que “lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”.

Existe, por lo tanto, una versión cristiana, del “sed santos porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo” contenido en los viejos códigos de pureza (Lv 11,44) y de santidad (Lv 19,1; 20,7), a saber: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). He ahí la perfección evangélica. Tampoco eso, por supuesto, podía pasar desapercibido a Santo Tomás (última vez que lo cito, prometido): “En sí misma, la misericordia es, ciertamente, la mayor [de las virtudes] [...] Por eso se señala también como propio de Dios tener misericordia, y se dice que en ella se manifiesta de manera extraordinaria su omnipotencia [...] entre todas las virtudes que hacen referencia al prójimo, la más excelente es la misericordia, y su acto es también el mejor”.

La misericordia pare alegría y hace valer la fraternidad.

Como la cuaresma pare pascua, la misericordia pare alegría. Las tres parábolas de la misericordia terminan en júbilo, quizás hasta en algazara: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que había perdido” o “la dracma que había perdido”, dicen el pastor y la mujer, allí mismo donde el padre misericordioso invita: “Celebremos una fiesta”. La misericordia procura alegría para quien, recibéndola, se ve aliviado en su sufrimiento, pero también para quien, dispensándola, sabe que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35).

La parábola del padre misericordioso termina en punta. No sabemos si el hijo mayor se sumó a la fiesta o si prefirió seguir puritanamente enfurruñado. También él, desde luego, había recuperado a un hermano por más que le costara reconocerlo. El abusador arrepentido no era sólo “ese hijo tuyo” que él mencionó a su padre, sino también, después de todo, “este hermano tuyo” que su padre le mencionó a él. Y es que nadie (¡nadie!) está nunca (¡nunca!) definitivamente excluido de la fraternidad; convicción de Lucas porque convicción de Jesús: Reinado de Dios.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 10 de marzo de 2013



Parábola del hijo pródigo

Lucas 15, 1-3.11-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: - Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: - ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino adonde está mi padre, y le dire: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: -Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: - Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero ceado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: - Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él

replicó a su padre: - Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: - Hijo, tu estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado

Explicación

Entre las personas que escuchaban a Jesús había algunas que, se tenían por buenas y despreciaban a los otros que no eran como ellos. Para que comprendieran que nadie debe creerse más que nadie, Jesús les contó una parábola, que es como una historieta de la que se puede sacar una enseñanza. Este relato sirve para dejar claras dos cosas. La primera es que si el hijo pequeño es presentado como ejemplo de persona que hace mal, el hijo mayor se hace intragable por su dureza de corazón para con su hermano pequeño. Y la escena descalifica a quien se cree bueno, como el mayor, porque en el fondo es peor. La segunda cosa clara es que el mejor de los personajes que intervienen en la historia, con mucho, el es Padre. Por eso esta parábola, debería llamarse " del Padre Bueno ". Volvamos a la casa del Padre, cuando estemos lejos. Vivamos con alegría, el regreso de quienes se fueron. El Padre, ¡vaya pedazo de padre!, abraza y acoge.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DOMINGO 4º DE CUARESMA-C- (Lc 15,1-3. 11-32)

Narrador: En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle, y los fariseos y los letrados criticaban a Jesús porque acogía a los pecadores y... ¡hasta comía con ellos! Entonces, Jesús les contó esta parábola:

Jesús: Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte de la herencia que me toca, pues quiero vivir mi vida.

Padre: ¡Hijo! ¿Lo has pensado bien?

Hijo menor: Sí y quiero que me des lo que me corresponde.

Padre: ¿Es que te falta algo a nuestro lado? ¿No tienes lo que necesitas?

Hijo menor: ¡No! Quiero salir de aquí y vivir mi vida, hacer lo que me da la gana. ¿Te enteras?

Padre: Está bien, hijo, si ese es tu deseo...

Narrador: El padre les repartió los bienes. No muchos después, el hijo pequeño, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano. Allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Hijo menor: ¿Quién quiere divertirse? ¡Venga, animaos! ¡Tengo mucho dinero! ¡Mirad, mucho dinero!

Amigote1: ¡Aquí estamos, amigo! Compartiremos tu alegría.

Amigote2: Vamos a divertirnos. ¡La vida es tan corta!

Narrador: Vino entonces por aquella tierra un hambre terrible, el dinero se había terminado, y empezó a pasar necesidad.

Hijo menor: ¡No me queda nada! ¡Lo he gastado todo con vosotros!

Amigote1: ¿Y a mí qué me dices? Ya tengo bastante con mis problemas.

Hijo menor: ¡Tienes que ayudarme! Estoy solo y lejos de mi casa.

Narrador: Tanto le insistió a un habitante de aquel país, que le mandó a cuidar los establos.

Amigote2: Está bien, puedes cuidar mis cerdos. Pero...¡cuidado con comerte sus algarrobas! Quiero a mis cerdos bien gordos.

Hijo menor: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad enseguida el mejor traje y las mejores sandalias para mi hijo. Matad el ternero cebado. Celebraremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. El hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver a casa vio el jaleo de la fiesta y oyó la música, los criados estaban muy atareados y no entendía lo que pasaba.

Hijo mayor: ¿Qué pasa? ¿Dónde vais tan deprisa? ¿Qué música es ésa?

Criado: Ha vuelto tu hermano y tu padre nos ha mandado preparar una fiesta. Tu padre está muy contento porque tu hermano ha vuelto sano, y ha mandado matar el ternero cebado.

Padre: ¡Entra, hijo, entra! Tu hermano ha regresado.

Hijo mayor: ¡No!

Padre: ¿Por qué? ¿Es que no estás contento?

Hijo mayor: ¡Cómo voy a estarlo! Siempre te he servido, nunca te desobedecí y jamás me diste un cordero para comerlo con mis amigos. Y a este hijo tuyo que lo ha malgastado todo, le das el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández